



JARDINES

## Una deseable especialidad para mujeres

CARMEN CASTRO

Muchos son los tipos de trabajo a los que parece vocada la mujer, pero al trabajo que más vocada parece es al de convertir en posible lo imposible. Lo cual muy claro resulta para mí en este día al escuchar las sugerencias del director de esta Revista, con respecto a una profesión que, de poder ejercerse efectivamente en nuestro ahora, diríase de molde para la mujer. En realidad, la profesión existe y se practica en varios países de Oriente, de América toda, y en muchos de Occidente, pero no en el nuestro: me refiero a la jardinería. Y a ella podrían consagrarse muchas mujeres.

Considero que vale la pena meditar unos minutos sobre el arte de componer entre sí el mundo vegetal, el mundo de agua, el mundo de las formas y del paisaje para crear recintos donde el sentir sosiegue, aunque diríase que el tal es arte fantasma entre nosotros. Verdad es verdadera que a la jardinería le concedemos entre nosotros importancia nula, y a los más les basta con tener quien les suministre, plante, cuide y conserve unos cuantos vegetales que el arquitecto de la construcción a que pertenecen

imaginó existiendo un día al borde de la misma. Pero a los menos, el arte de la jardinería—de la creación del jardín—nos importa mucho, y deseáramos verlo florecer y reverdecer. Para lo cual importa en toda ocasión—y ésta viene de molde—procurar suscitar algunos buenos sentimientos hacia los recintos verdes. Y como es el verde color de esperanza, tal vez si a puras silenciosas voces se lograra que recapaciten sobre esta gravísima carencia de interés hacia el arte de la jardinería, quienes pueden actuar en favor suyo eficazmente, algún día de este siglo tan complicado se inaugure una magnífica Escuela de Jardinería—separada por bellísimo jardín de la actual Escuela de Arquitectura—, especie de floración lucida de la cátedra Jardines. Y en esa Escuela de Jardinería, que Madrid debiera tener si lo piensa dos segundos, aprenderían las mujeres y también los hombres el arte famoso de la flor y la forma en jardín. A esta Escuela deberían venir los maestros en jardines de países próximos y de países lejanos—en coste de viaje tan sólo—que conocen los viejos secretos y saben aplicar las

nuevas formas para adueñarse de la belleza del agua y de los volúmenes junto al vegetal vivo y florido o viviente en verdes y en grises misteriosos. Yo estoy segura de que si existiera, con porvenir para sus escolares, esa Escuela de Jardinería sería tomada por asalto por las chicas más sensibles, de cuantas se dedican hoy a la "decoración de interiores".

Hasta aquí la verde esperanza nuestra. Ahora la seca realidad de nuestra tierra, por cuanto al jardín, jardinillo o parque se refiere. La traza del nuevo Madrid los excluye, y vayan salvadas desde ahora y para el resto de estas páginas las excepciones magníficas que han de quedar salvadas y son muy loadas por mí en toda hora. Las florecientes ciudades nuestras carecen de elemento floral, como no sean el consabido parque y las ventanas con macetas; todo ello no es, propiamente hablando, cultivar la maravilla de un jardín.

Hoy por hoy son un hecho tremendo estos dos graves *Resulta* que me comunican. Un hecho desagradable, y que por tanto debemos pensar todos en remediar. A pesar

de que hay mujeres arquitectos, mujeres en la Escuela de Arquitectura, mujeres ganándose el pan por todas partes—y muchísimas en las ramas de la construcción, instalación y decoración de edificios—, a pesar de ello, sí,

“Resulta que las chicas se deciden por la decoración, lo que es lógico, porque se adapta bien a la condición femenina.

“Resulta que, inexplicablemente, ni hay escuelas, ni hay afición a la jardinería.”

Sí, de nuevo. He aquí dos contundentes resultados, poco graves si se debieran al llamado capricho de las damas. Gravísimos, porque no son capricho de damas, sino consecuencia directísima de la situación social, de la situación urbana, de la situación histórica en que vivimos.

Somos un país con memoria corta ingente, carente en cambio de memoria larga. Aquí todo se olvida, y ni polvo queda, apenas cambia el aire. Los grandes jardines, los maravillosos huertos, los apasionantes vergeles, los hondos prados de verdura..., *ubi sunt?* Para contar veinte jardines que lo valgan, tendremos que reunirnos en unos cuantos cafés de redacción semanas y semanas.

Refresquemos la memoria histórica. La Literatura ha dejado escritos prodigiosos jardines. Recordemos el prado bienoliente de Gonzalo de Berceo, el que halló yendo de romería un jardín del Paraíso de Dios, pero todo hecho con elementos del mundo terrenal: tapiz verde y suave (yerba inglesa, ¿quién sabe?), flores de olor, sombra de árboles, frutos de buenos sabores, agua que corre... ¿Quién de nosotros—los de los jardines para vivir—no hemos añorado con el maestro de Berceo ese lugar tan codiciado para el hombre cansado? En ese lugar—en ese auténtico jardín—podría vivir el hombre sustentándose tan sólo de aromas, y de... Dios, claro está.

Y está el huerto de Melibea, donde el amor florece por entero y en plenitud:

“Nunca fué más deseado  
amador de su amiga,  
ni huerto más visitado,  
ni noche más sin fatiga.”

¿Nos damos cuenta de que la escena de amor cumbre de la Literatura Española toda, tiene lugar en un huerto, y no en un lugar otro?

Melibea dice a Calisto:

“Todo se goza este huerto con tu venida. Mira la luna, cuán clara se nos muestra; mira las nubes, cómo huyen; oye la corriente agua desta fontecica, cuánto más suave murmurio lleva por entre las frescas yerbas. Escucha los altos cipreses, cómo se dan paz [se dan besos] unos ramos con otros, por intercesión de un templadico viento que los menea. Mira sus quietas sombras, cuán oscuras están, y aparejadas para encobrir nuestro deleite...”

Nótese que huerto era la voz vieja para jardín, que sólo aparece consignada en nuestra lengua en 1495, y procede del fr. *Jardin*, un diminutivo de *jart*, huerto.

Otro jardinillo ciudadano—el de Melibea también estaba en la ciudad donde acontece la Celestina, que no se sabe cuál sería, y que no es ninguna a mi entender, sino la que creó para su Tragicomedia el Bachiller don Fernando de Rojas; digo que otro delicioso jardín ciudadano es el minúsculo de Lope de Vega, el mismo que todavía está—pero no en buena forma—tras la casa de Lope, hoy Museo suyo.

Y cito estos tres jardines no más por no hablar de los grandes jardines de España. A los árabes debemos el más exquisito arte del jardín, arte que, sabido es, nació en Oriente. Conservamos un jardín árabe perfecto—el único hoy existente, al parecer, totalmente puro—, el mismo jardín que canta el romance de *Abenámbar*, el “huerto que par no tenía”, el Generalife. No, ningún otro jardín árabe viejo da las mismas sombras y da la misma voz de agua que le hizo dar su trazador impar. Esto no lo digo yo, sino el profesor de Jardines, en la Escuela, y el conservador de la Alhambra, en Granada: Prieto Moreno.

De Italia nos vino el arte de componer el paisaje, con y sin jardín. Si Toscana es tan humanísimamente bella, es porque los Medici se cuidaron de la ordenación de su paisaje, dando oportunas ordenanzas. Y aquí recomendaron el ciprés, y allí la palmera, acullá rododendros, luego olivos y vides y almendros, y... Creo que estas ordenanzas toscanas de los Medici son exactamente las contrarias de las que va formulando en estos días el Ayuntamiento de Madrid—a quien Dios deseo yo no le cuente los árboles a que da muerte sin piedad y sin sentido. Es muy grave cosa que el azar—como

ha hecho—ponga en manos de algunos hombres un paisaje y una ciudad; hombres que permiten que la ciudad devore el paisaje y dejan que el paisaje muera seco. Pronto, ni siquiera en los atardeceres, nos llegará el fuego frío, azul, del ancho Guadarama nuestro. Y si Madrid hace lo que hace con sus jardines, jardinillos y paisaje—único entre únicos: testigo Velázquez. Testigo, Goya. Testigo... ¿Qué pensar del gusto por el jardín?

En ciertos grupos refinados todavía se fué sosteniendo por este siglo el afán del jardín, el gusto por la flor, el amor a la planta. En ciertas regiones nuestras, donde no es posible pensar a una mujer sin pensar en su maceta preferida, todavía hay pasión por los jardines. Pero los que deberían ser amantes de todo jardín—de flor y de planta también—no lo son en modo alguno. El mismo Oriente, que durante siglos nos envió las plantas exquisitas, las ideas maravillosas para construir un jardín habitable, nos envía hoy las flores de plástico. Es evidente que si las flores de plástico tienen aceptación, sobran los jardines todos de la ciudad, de las ciudades. Y no es que flor y jardín sean sinónimos, que no lo son, es que una sensibilidad que se contenta con la flor y la planta y el árbol en plástico, no sabe de qué le hablan cuando oye la voz jardín.

Las flores de plástico no son cosas feas, pero inofensivas; son peligrosas. Me pregunto cómo, y precisamente en estos días en que se celebra al poeta Rilke, hay quien se atreve a mirar siquiera una rosa de plástico. ¿No saben las personas de esta ciudad nuestra que Rilke murió del pinchazo de una rosa? ¿Y no saben ya lo que es una rosa?

Quienes se mandan construir una casa, que puede tener jardín, abandonan el jardín, de momento, y todo lo más, piensan llamar al jardinero cuando vivan en ella. Primero la decoración interior y lucida. Luego... pues algo de flor y de verde. Con un horticultor bueno se soluciona el problema. Pero un horticultor que sepa hacer jardines no ignora que el jardín es más que el plantado de plantas; para llegar al punto en que el reino vegetal se integra en jardín hace falta mucho trazo y mucha traza, y mucho elemento armonizado.

Quienes tienen grandes terrazas, sólo en la primera primavera las ponen—perdón mis exquisitos amigos con terrazas de maravilla, auténticos jardines en piso alto para consuelo del alma.

No conozco mujeres que quieran apren-

der a fondo el arte de poner flores en un interior: una para el cielo, otra para la tierra, otra para el hombre, es el primer principio que ha de seguirse. No conozco apenas a quienes añoren el poder vivir horas de su vida en jardín. ¿Qué horas? ¿Qué tiempo? ¿En qué jardín? Esto preguntan los más.

"En un jardín te he soñado  
alto, Guiomar, sobre el río...

el mutuo jardín que inventan  
dos corazones al par."

(A su Guiomar, don Antonio Machado.)

¿Quién inventa ahora jardines para el amor? Para el amor... velocidad, ritmos, no armonía de jardín compuesto. Es el tiempo con su exigencia el que impone un vivir sin pensamiento de jardín siquiera.

La clase económicamente fuerte es extra-débil por lo que hace a sensibilidad. Quiere lujo grueso, visible para los más, y sin cuidados especiales ni en su logro, ni en su conservación. Hasta los pequeños recuerdos de jardín, casa adentro, que son los centros de flor compuesta con formas, con agua, con vegetales varios, hasta estos centros han cedido su presencia a las frutas de porcelana, a los centros de plata, sobredorada, y en un nivel que se cree más nuevo, a los centros de cardo y calabaza. (Y es esta hora de explicar, que si los "28"—poetas, pintores, escultores, prosistas...—dieron en amar los pobres vegetales junto a la rosa y los bulbos, fué porque los cardos, por ejemplo, son estrellas pobres y tienen color de arado, y suenan al viento con su chascante y chiquita armonía, resumen de la grande... Pero quien haya convivido con los "28" sabe que iban buscando jardines por la ciudad, por las casas de la ciudad. Y querían hacer su morada al aire en jardines contruídos con sentido, en esos jardines que dan plena vida a las casas, y marco justo a unas vidas de personas.)

En todo tiempo y en toda tierra ha habido hombres con una sensibilidad tensa que vibraban con realidades para los demás carentes de sentido, de belleza, de valor alguno. En 1403, y hasta 1406, anduvo por Oriente lejano el embajador de los Trastámara, Ruy González de Clavijo. Su meta era, naturalmente, la corte del gran Tamorlán. En 1582 Argote de Molina refiere por menudo tan excepcional Embajada. Y el relato parece un cuento de *Las Mil y Una Noches*,

pero sabemos que no es cuento, sino la referencia justa de lo sucedido. Y en un suceso de este relato veo yo—hundida en siglos, pero no muerta—la clave de esta falta, que estamos cometiendo con respecto al jardín:

"... Queriendo el Tamorlán satisfacer a Ruy González en otra cosa de más admiración, hizo traer delante de él un vaso de oro, en que tenía sembrada una gran mata de romero, y aquella planta le mostró por la joya de más estimación de sus riquezas, y como Ruy González de Clavijo le dijese que con las ramas de aquel árbol calentaban los hornos en Castilla, el Tamorlán, viendo que así lo despreciaba, le dijo:

"—Pues allá lo tienes en tan poco, no sabrás las grandezas de él."

El Jardín postula amor a la planta como uno de sus primeros postulados. Luego, postula un mínimo de sentido de la armonía. Pero no parece que se halle muy extendido ninguno de estos sentimientos. No hay necesidad de mullir con verduras las piedras ciudadanas, ni de asombrar un poco, con arbolado, la crudeza de los edificios, ni tampoco de amansar trazando en ella jardines, la tierra, brava todavía, en torno a las ciudades.

Resulta, naturalmente, resulta que el jardín está en baja, y los jardineros de los atisbos de jardín que en la ciudad nuestra hay todavía, pronto serán *sin trabajo*. Estamos en los días en que hasta a las estatuas les van a recortar las alfombrillas verdes de sus pedestales, y seguramente quitarán también las estatuas para poner semáforos por todo Madrid. Y, en esta situación, ¿cómo puede imaginarse que la mujer busque seguir un curso de estructura de jardines? ¿Qué mujeres serán las que deseen trabajar un par de años con denuedo para saber alzar plantas y trazas de jardín, si al fin de su esfuerzo no hallarán ni tierra, ni siquiera terraza en que trazar, ni alzar, ni plantar una semilla, o una forma? En cambio, decorar se decora todo cuanto existe decorable: la cocina, la oficina...

No veo más solución que una para que no sean tan tristemente ciertos los citados "Resulta...". Y es interesar en la Empresa Jar-

dín a las grandes Constructoras. En realidad, ellas son las que dan de vivir a la decoración. Ellas las tragadoras y las organizadoras de los millones, que la gente tiene para morar en las ciudades. Bien podrían con sus monstruosos trebejos de construir acondicionar en los solares que construyen jardines o jardinillos. O tal vez, hacer jardines en pisos, de pronto, en medio de sus imponentes torres de viviendas, que nada le pasaría a ninguna gran Constructora por renunciar a un inquilino-duenio entre sesenta. Y si esto hicieran, si por fin pensaran que el hombre no es una ficha muerta, que se archiva ciudadanamente entre cemento—con estructura interna de esto y de lo otro—, cemento bien decorado, entonces, estas mismas grandes Constructoras fomentarian ellas el estudio del difícil arte de crear jardines. Difícil, porque requiere coordinar elementos florales y no florales, elementos extraños entre sí, para hallar, como buscan los japoneses, una simetría dinámica, o como suelen hacer los ingleses, una reproducción satisfactoria del paisaje natural—de un paisaje natural. O bien, hallar otras claves que den por resultado un jardín: lugar donde el hombre siente que su cuerpo está bien, y su alma se serena. Porque el hombre necesita—como vitaminas y proteínas—un espacio organizado en torno que responda a leyes insoslayables, esas leyes que saben los arquitectos y que los no-arquitectos descubren—descubrimos—cuando fallan.

Un día—espero yo—habrá en Madrid una Escuela de Jardines donde se aprenda a crear jardines. Pero ese día habrá cambiado de raíz el vigente arte de hacer dinero. Hágalo Dios, y medraremos todos; también los que están haciendo o ya hicieron sus montes de millones, pero no saben todavía que la más suave vida se vive en un jardín. Y que en el jardín espera siempre el gran consuelo.

Yo me voy, ahora, bajo el viento y la lluvia, y el sol a ráfagas, a ver qué color cobran los erizos de los castaños contra las fachadas de Madrid: fachadas hay muchas, castaños me costará hallarlos, pero ellos me dirán que todavía es otoño, todavía noviembre no es invierno, todavía la esperanza de que el jardín vuelva a ser centro de interés en Madrid—entre nosotros—acaso no está perdida; todavía pudiera resultar que abriese sus cobertizos, en medio de un jardín, la deseada Escuela donde se enseñe a crear jardines...